

Presentación



El libro más reciente de Gerardo Deniz, titulado *Ton y son* (1996), comprueba una vez más que la creatividad artística e intelectual expresa y se realiza mediante etapas e hitos, asentamientos y cambios sugerentes e históricamente necesarios. No obstante la consistencia y el reconocimiento que sus libros anteriores produjeron, Deniz sorprende ahora por la búsqueda o persecución nítida e intachable de la forma poética con una singularidad musical que va entremezclando figuras, signos, sonidos, referencias comunes e insólitas, giros de lenguaje y otros elementos que, además de suscitar imágenes persuasivas y en algunos casos no exentas de buen humor, comprueban la primitiva función del habla: comunicación verbal en que la misma dirección o sentido de lo que se dice resulta ser el significado de la palabra, la frase, la alocución; el motor o la energía de lo que se comunica es asimismo la forma que expresa. Esta comprobación del dominio pleno que ejerce Deniz sobre su voz poética parece abrir otros cauces para la poesía mexicana actual pues implica cierto desenfado y hasta una especie de descontaminación, alejando al hacer poético actual de imitaciones mecánicas y superficiales. Aunque esta especie de explosión creativa se hacía presente en los libros anteriores de Deniz, se percibe en mayor medida desde *Adrede* (1970) y *Amor y oxidente* (1991). Este solo fenómeno indica con creces ese movimiento de renovación que, ligado a las producciones y presencias del pasado, fructifica en el interior de lo que genéricamente llamamos cultura, en este caso cultura poética, representación toral y profunda de la cultura general de un pueblo, de una nación. En el resto de los textos del presente número de nuestra revista percibimos otros niveles de integración, de ejercicio de maestría, de brillo expositivo y, como en el caso de la obra de teatro de Héctor Mendoza, un modelo de simultaneidad de dominios e intereses; en efecto, Mendoza exhibe indiscutiblemente la evidencia de que en la creatividad teatral van unidas la imaginación del montaje, la sabiduría de la estructura dramática y una especie de experiencia verbal-espacial acumulada, perceptible a través del texto inhabitual que publicamos. En otras colaboraciones de este mismo número podemos descubrir la evidencia histórica y cultural de que el ejercicio de la crítica implica, antes que nada, razones y razonamientos que ofrecen al desnudo las calidades del pensamiento; la crítica auténtica aleja a la adjetivación hacia un plano secundario. En conjunto, por temas y formas de exposición, nos percatamos de un fenómeno notable: la cultura también se renueva gracias a los juegos e interjuegos que proponen hacedores y protagonistas experimentados. ♦